

## **“INCIDENCIA DE LA REALIDAD SOCIAL EN EL TRABAJO ANALITICO” \***

**DR. JOSE REMUS ARAICO \*\***

-----

### INTRODUCCION.

Cuando se recibió en nuestra Asociación la invitación para presentar esta ponencia oficial, se hizo una lista con los que intentábamos venir al Congreso y además participar en un trabajo de grupo. Tuvimos algunas reuniones de discusión, que incluyeron algunas ideas vertidas en nuestro X Congreso Nacional de la APM, que tuvo lugar en Febrero pasado, y cuyo tema fue: “La Responsabilidad Social del Psicoanálisis”. Los que integramos esta lista de autores, después de las discusiones, decidimos resumir por escrito nuestras ideas, algunas contradictorias y así lo expresaremos en el texto del trabajo, para hacer después la síntesis y la elaboración de las mismas. La coordinación de estas discusiones así como la elaboración final del trabajo, estuvo a cargo del que encabeza la lista de autores. Este trabajo es el fruto de esa pequeña labor, que no es tan acabada como la de un grupo de estudios, pero que refleja nuestro sentir respecto al tema problema que se nos propuso. Una modalidad importante en este trabajo, por lo poco ortodoxa, es la de que no ponemos citas bibliográficas precisas, pues con la mención entre paréntesis de uno o varios autores, pretendemos llamar la atención del lector hacia sus ideas. No creemos que este procedimiento limite nuestra comunicación con el lector antes del Congreso, pues siempre nos referiremos a aquellos conceptos comunes conocidos por todos los psicoanalistas. Tenemos la esperanza de que al ser una comunicación un tanto polémica e interrogativa, más que estrictamente erudita y perfecta, estimule la discusión durante el Congreso.

Hablar de realidad social pareciera redundante, pues no se concibe un ser humano aislado de otros seres humanos por períodos importantes de su vida, por lo que el calificativo de social no hace sino enfatizar la esencia misma de nuestras relaciones. Sin embargo, queriendo ahondar en esta redundancia aparente, caímos en la cuenta que se quería hacer énfasis en algo de la sociedad actual y todos estuvimos de acuerdo en que se podrían discutir las incidencias de las tensiones político-económicas sobre el trabajo analítico. Esta posible intención cambia completamente el panorama, pues es obvio que hay serias tensiones, reagrupamientos políticos, cambios de regímenes de gobierno, guerrillas, secuestros, etc., que en alguna u otra forma inciden en el trabajo analítico. De inmediato nos surgieron dos interrogantes: ¿Cómo inciden estas “realidades sociales” en nuestro trabajo? y, ¿Los grupos y sociedades psicoanalíticas podrán

---

\* Ponencia oficial de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, A. C. IX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, en Caracas, Venezuela, Julio de 1972.

\*\* Fundador, Vitalicio y Psicoanalista Didáctico de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Profesor Titular de las Facultades de Psicología y de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

continuar trabajando bajo otros regímenes de gobierno más represivos?. Para nosotros los de México, será muy ilustrativo escuchar colegas latinoamericanos con sus comentarios y experiencias que nos contesten a la segunda pregunta. En cuanto a la primera, que es la pregunta específica que nos corresponde trataremos de discurrir sobre ella en el presente trabajo.

El psicoanálisis nunca ha dejado de considerar la acción de la realidad externa o social sobre la conducta, pero con diferentes enfoques según las etapas de su desarrollo. Somos seres reactivos a los estímulos, pero con dos series de respuestas que hemos tendido a llamar consensualmente realidad externa y realidad interna. Quizás para enfatizar la necesidad de explorar la externa, es que se le dio el calificativo de social. La concepción de una realidad “totalmente objetiva”, así como de su relativo internalizado en un proceso secundario “no selectivo y verídico”, es imposible en su extremo absoluto, rayano con los significados metafísicos y no empíricos científicos de los términos “realidad” y “verdad”. Aún las coordinadas mayores de espacio y tiempo (Erikson, Hartmann, Rappaport) son “subjetivas” en el sentido de que se muestran como relativos al organismo.

Pero sin llegar a estos extremos de un continuo de “objetividad”, creemos captar la necesidad de discutir la incidencia “subjetivo-objetiva” de la realidad social en nuestro trabajo cotidiano y ofrecer algunas perspectivas.

### LOS PROCESOS ADAPTATIVOS.

El punto de vista metapsicológico adaptativo, el último en llegar a la estructura teórica del psicoanálisis, incluye proposiciones (Hartmann y Rappaport) que nos permiten organizar teóricamente los hechos de la conducta humana en relación con el ambiente y a lo largo de la historia. Una de las características centrales de ese proceso adaptativo del ser humano, es la de modificar a su ambiente y la de modificarse son su ambiente. Debemos entender estas alternativas como procesos activos del yo, y no como meros procesos de sintonía o de atonía de niveles patológicos del yo con el ambiente.

Dentro de esa polaridad: Transformar o transformarse, con sus transacciones, síntesis y nuevas polarizaciones, el ser humano adaptativamente participa en los cambios sociales, alcanzando así el gran nivel de progreso donde hoy lo contemplamos. Durante esta travesía dentro del proceso histórico, el hombre ha creado y superado muchas y variadas civilizaciones, y aún hoy día no contemplamos una sola civilización sino una gran variedad de pueblos en grados distintos de cultura y de “proceso”. Las civilizaciones que nos han precedido en el tiempo y han desaparecido para dejar lugar a otras que sí respondían en ese momento histórico a las necesidades de sus componentes, han contribuido a la formación de la siguiente civilización, con ciertos elementos de la propia que han sido integrados sincréticamente en la cultura posterior. Pero al mismo tiempo, se crean nuevos principios que van a contribuir así mismo a la desintegración y desaparición de dicha cultura (Toynbee). Tal pareciera que la historia,

contemplada como un proceso proteiforme de sucesivos cambios sociales, que incluyen las guerras y las revoluciones, nos muestra que cada cultura lleva dentro de sí los elementos básicos que la llevan a su progreso y también aquellos otros que la conducen a su destrucción. Cuando se enfocan los procesos históricos con la lente psicoanalítica, nos percatamos de una mutualidad de acción complementaria entre individuo y sociedad, sobretodo al través de la acción de las instituciones primarias de la cultura sobre el individuo (Kardiner, Ovesey, Erikson). Deseamos recalcar aquí la idea de que el Psicoanálisis ya está institucionalizado, ya está muy lejos de la maravillosa “aventura del pensamiento” de Freud su creador, pero seguramente, como otras instituciones, de no estar alerta a los cambios sociales, puede quedarse “más acá del progreso”. Este temor por la “institución psicoanálisis” creemos que está en la base de este tema del presente Congreso Latinoamericano.

Podemos suponer con razón, que nuestra civilización correrá la misma suerte de su destrucción por la acción de las fuerzas mismas que lleva incluida, para dejar lugar a cambios en las instituciones que se vuelven así más operantes para satisfacer las necesidades del hombre moderno que corre hacia el futuro. En un nivel general, podemos asentar que lo que proporciona un matiz muy especial a esta época, reside en la velocidad e intensidad de sus cambios así como de su propagación (A. Tofler: Future Shock). Antes, la sociedad tenía margen para adaptarse a los cambios de una manera más lenta y gradual, y pensamos que los individuos de esos “antes” podían adaptarse a dichos cambios sin grandes sacrificios. Hoy día, lo tradicional es el ayer próximo que se vuelve obsoleto para el mañana a niveles de masas. Las actitudes y los valores con respecto al sexo, la religión, las presiones políticas, la salubridad, la familia, la psicopatología, etc., se han modificado. Como consecuencia de ello, vemos con abrumadora frecuencia cuadros psicopatológicos que antes nos eran raros. En la teoría analítica se están haciendo los ajustes necesarios para comprender esas nuevas configuraciones defensivo adaptativas, pero aún cuando la técnica para abordarlas también se ha modificado, en ocasiones pareciera que no va al mismo ritmo de la teoría y no se diga ya del retraso de las instituciones psicoanalíticas mismas y de sus institutos. De ésto podría pensarse que hay diversos sectores dentro del psicoanálisis con diferentes grados de avance y adaptación a los hechos sociales siendo la teoría general la más avanzada, la técnica tiene aún algunas dificultades respecto a los cuadros psicopatológicos más frecuentes, y la enseñanza la más atrasada, en donde se están dando también fenómenos de la lucha de generaciones.

El ser humano se encuentra potencialmente preadaptado, no sólo a un ambiente de esperado promedio, sino también a series evolutivas de tales ambientes (Hartmann). Pero los modos, que se desarrollan de acuerdo a leyes genéticas, son definidos, en el lugar y la jerarquía que tomarán en los procesos adaptativos, por las organizaciones sociales. Los modos tendrán un lugar en el repertorio de la conducta y de ello dependerá el uso o “abuso” para el dominio que hace el yo de su ambiente (ego mastery) (Erikson). Por esto se considera indivisible la mutualidad individuo y sociedad. El sujeto en tratamiento psicoanalítico no sólo sufrirá el impacto de los cambios comunes de su ambiente,

que incluyen aquellos cambios conflictivos “habituales”, y cada uno de sus síntomas tendrán el sello de su mayor o menor dominio del conflicto interpersonal, sino también puede sufrir el impacto de “imprevistos”. Algunas de las tensiones sociales, para el individuo refugiado en una torre de marfil apolítica, a pesar de ella le llegan las tensiones, y en ocasiones también el analista es inundado por los sucesos del medio ambiente. ¿Nos estaríamos enfrentando a una realidad social que dificulta la práctica del análisis?. Quizás en algunos países y bajo ciertos gobiernos, ésto ya está sucediendo y desearíamos oír sus problemas para colaborar a su comprensión.

El neurótico para adaptarse a su ambiente, recurre a tres posibilidades de manejo de la realidad: Primera, se rodea del medio ambiente con personas con mecanismos infantiles como los suyos; si tiene éxito, la disonancia es poca. Segunda, fuerza al medio ambiente a responder según sus requerimientos; en esta segunda posibilidad, la tensión con el ambiente es mayor. Tercera, interpreta deformadamente la realidad externa para que coincida con sus precarias relaciones de objeto; por la deformación de la realidad se trataría ya de niveles psicóticos de adaptación. En general no se da pura una sola de estas tres alternativas, sino mezclas de ellas pues una posibilidad está garantizada por la acción eficiente o ineficiente de la otra y todas dependen del grado de organización y autonomía del yo, de la que hablaremos después.

Tanto el analista como su paciente, pero en diverso grado, deben de poder predecir su ajuste a la realidad. En otras palabras, su adaptación opera en vectores relativos de información de consistencia uniforme (Lieberman), la que proviene de un ambiente de relativa estabilidad. Puede tolerar pocas y súbitas variaciones del ambiente, por ejemplo un cataclismo, y reaccionan entonces con conductas que les vuelven a su capacidad predictiva. Creemos que las conmociones políticas permiten siempre explorar en nuestros pacientes sus ansiedades más profundas, pero estamos lejos de pretender que siempre podremos mantenernos “objetivos” frente a algunas situaciones, sobretodo cuando se ha desatado la violencia. Es por esto que la “realidad externa” violenta cuando se cuele en el trabajo, nosotros creemos que lo perturba en sus lineamientos clásicos y lo desorganiza, de ahí la necesidad de discutir el tema e intercambiar opiniones.

### LA REALIDAD EXTERNA Y EL DESARROLLO DE LA TEORIA.

En términos generales, podemos considerar tres épocas o etapas del desarrollo de la teoría psicoanalítica: La primera, en donde el modelo de la formación de síntomas era el traumático, se consideró que la energía de un hecho externo irrumpía en el psiquismo infantil y el trauma quedaba inconsciente, siendo movilizado después por situaciones también de predominio externo y la transacción entre defensas y trauma configuraba la modalidad sintomática. La catarsis y la recuperación mnémica fueron entonces los elementos centrales de la técnica. Al mundo externo o realidad social, se le consideró como la fuente de los “traumas” y como el destino final al adaptarse el paciente a su medio después de

la cura. No se especificaba la adaptación como un proceso particular que requiriera alguna modificación de la teoría. El inconsciente fue el paradigma de esta etapa de desarrollo teórico.

La segunda etapa se inició con el hallazgo del desarrollo psicosexual infantil y la importancia de la fantasía que en sí era “traumática”. El Complejo de Edipo fue la piedra angular de las neurosis. El descubrimiento de la transferencia y el concepto de desarrollo de una neurosis artificial que debía ser superada en la situación analítica fue la base esencial de la técnica, situación que persiste con pocas modificaciones. De hecho, todos los parámetros comunes que configuran esa situación bipersonal especial que llamamos tratamiento psicoanalítico, se fueron afinando hasta poderse limitar los indispensables para que se favorezca la regresión. A partir del Complejo de Edipo y esquematizarse por necesidad de la teoría los puntos de fijación del desarrollo libidinal y agresivo que incluían el factor tiempo, se describieron también diversos estudios de la regresión neurótica y aún de la psicótica y entraron a primer plano todas las hipótesis de las “tempranas relaciones de objeto”, no sólo las pregenitales clásicas freudianas, sino las orales de las diversas “posiciones” kleinianas. La meta del tratamiento no fue ya la elaboración de los traumas, sino la superación de los puntos de fijación que daban origen a relaciones de objeto pregenitales, o a la superación de “posiciones tempranas” que dificultaban la vida en comunidad. En los finales de esta etapa, para la escuela kleiniana se vuelve de capital interés teórico y técnico la desaparición o abatimiento al máximo de las defensas paranoides que son consideradas como fuente principal de la resistencia. La realidad externa de los pacientes era confundida en ocasiones con las defensas proyectivas.

En una tercera etapa, quizás a cuyo final estamos, consideramos que su centro es la teoría psicoanalítica del yo. En este momento, el yo no es más el “servidor” de tres amos: la realidad, el ello y el superyó, sino una estructura de autonomía relativa que se desarrolla desde un equipo congénito por la acción tanto de los diversos objetos del ambiente y de las instituciones primarias y secundarias de la cultura, como por las acciones específicas sobre este yo de los impulsos instintivos que van emergiendo en las diferentes maduraciones zonales. En esta etapa el desarrollo de la teoría estructural es fundamental, las estructuras se definen por sus funciones y la teoría se eleva a la de una psicología general. Se conciben así conflictos inter e intraestructurales. Las psicosis, las perversiones, las psicopatías y las adicciones, no se consideran meras reproducciones de tempranas relaciones de objeto, con “fijaciones” sutiles a subetapas y “subposiciones”, sino se les ubica en fallas estructurales que desencadenan soluciones adaptativas específicas. Cuando no se puede actuar por diversas causas con el setting analítico clásico, la teoría, sin embargo, tiene la flexibilidad para que crezcan y maduren diversas técnicas de psicoterapia analíticamente orientada, pues el terapeuta manipula la transferencia desde un rol reeleccionado activamente, buscando como meta primordial la adaptación del sujeto a su medio, adaptación no tan activa o autónoma como el resultado más deseable del tratamiento psicoanalítico.

Podemos concluir hasta aquí, que la realidad externa, o el ambiente sociofamiliar, ha sido ubicado de manera diferente en estas etapas del desarrollo de la teoría. En la primera, era el origen de sucesos traumáticos que le impedían al enfermo la vida común y corriente que su medio esperaba de él. En la segunda etapa, esa realidad social, con sus demandas en ocasiones imperativas, solía vérsese como el huésped molesto de esa excursión de buceo exorcizante de toda clase de objetos malos en la profundidad de regresiones de diversos tintes y calidades. En la tercera etapa pareciera que en una ideologización de la adaptación para hacer hombres más eficaces, según el sentir norteamericano, se enfatizan los procesos adaptativos, y se deja así de lado lo creativo y evolutivo del conflicto social, tan necesario en nuestra América Latina para salir del subdesarrollo. En cada etapa del desarrollo del psicoanálisis, que hemos dibujado a grandes rasgos y dividido un tanto arbitrariamente para nuestro tema, se puede tender a idealizar a algunas de las hipótesis o aún de los paradigmas de la teoría: el del inconsciente dinámico concebido por Freud y el de la autonomía del yo sistematizado por la escuela de Hartmann y de Anna Freud. A nuestro juicio, el resultado de esas idealizaciones teóricas siempre ha alejado al analista de su posición intermedia crítica que le permita su mayor operancia clínica concreta. Por esto creemos importante situar teóricamente algunos elementos de la situación analítica en las situaciones presentes de tensión político económica.

#### LA SITUACION ANALITICA.

La situación analítica, tal como la entendemos y seguimos clásicamente hoy día, se ha ido diseñando lentamente desde sus primeras reglas: la de asociación libre y la de abstinencia. No creemos que en esto discrepamos seriamente los psicoanalistas, por lo menos los que pertenecemos a agrupaciones afiliadas a la API, pero seguramente todos nos percatamos que para operar óptimamente con este encuadre teórico y técnico, se requiere de cierta estabilidad predecible en el ambiente del paciente y en el del analista, esto es, cierta constancia de objetos, estímulos y oportunidades de solución en lo que llamamos casualmente la realidad social. La teoría psicoanalítica hasta su segunda etapa, básicamente se refería a ese campo fenoménico intrapersonal, y todo lo más al interpersonal inmediato, aquel del pequeño grupo adyacente de los pacientes. En la tercera etapa, la teoría psicoanalítica pretende, con toda propiedad elevarse a la jerarquía de una psicología general, pues suministra aquellos elementos basados en la observación de la conducta normal y patológica, que mediante analogías válidas han enriquecido las ciencias particulares que se ocupan no sólo de la dimensión interpersonal, sino de la suprapersonal, como son la Sociología y la Antropología.

Desde los primeros trabajos antropológicos de Freud que gestaron una antropología psicoanalítica, se hizo énfasis en la idea de un paralelismo del conflicto social con el conflicto neurótico. Pero a juicio de algunos de nosotros, fueron los aportes de los antropólogos que nos ayudaron a afinar elementos de nuestra teoría tal como el aporte de la variabilidad cultural del Complejo de Edipo. Desde entonces, el psicoanálisis, la antropología, la sociología y aún la historia, parecen estar más y más vinculados y sin embargo, sabemos y sentimos que en

la particular situación analítica, damos énfasis al conflicto interno. Pero, y, este es un pero muy importante, hoy día, en nuestro momento histórico, en nuestra especial situación económico política en América Latina, en muchas ocasiones ya no existen las condiciones estables en la realidad social que permiten la operancia óptima de nuestro encuadre que resumimos en lo que llamamos situación analítica. Cada vez más los analistas enfrentamos casos en los que se tiene como huésped constante el clima de una sociedad rápidamente cambiante y podemos no ser tan “objetivos” en juzgar una conducta como defensa patológica o como acción adaptativa. Seguramente en este congreso oiremos acerca de situaciones extremas, y también de situaciones no tan frecuentes ni tan agudas, como creemos que es aún el caso de los analistas que trabajamos en México. No queremos decir con ésto que no existan serias tensiones sociales en nuestro país, sino que quizás el ambiente aún dominante no nos inunda tanto con tensiones constantes de la realidad social. Pero seguramente nuestra preocupación es tratar de ubicarnos y predecir, ya sea como individuos o como grupo, hacia donde van los cambios sociales y como afectan al psicoanálisis. Estamos convencidos de que el estudio de un fenómeno aumenta su predictibilidad.

Cuando la realidad social inunda traumáticamente al paciente y al analista, la situación analítica tradicional se desorganiza. Esta aseveración requiere de algunas explicaciones. Echamos mano del concepto de autonomía secundaria del yo (Hartmann) para adentrarnos en alguna explicación de la desorganización arriba aludida. El yo se define por sus funciones y entre ellas, las de integración, la sintética y la de discriminación de la realidad, permiten una adecuada función defensiva dirigida hacia las tres áreas de donde puede emerger la tensión: realidad externa, impulsos instintivos y superyó. Para lograr un equilibrio óptimo de sus funciones y con eso una función verdaderamente reguladora, el yo necesita mantener una autonomía relativa respecto a las otras estructuras mentales (también definidas por sus funciones) y de la realidad ambiente o social. Las dos garantías fundamentales de esta autonomía relativa (Hartmann, Rappaport), son la percepción y relación con una realidad de cierta constancia, y la descarga instintiva con la frecuencia individual requerida para que no exista una acumulación indeseable que provoque intensas contracatexis u otras defensas aún más “patológicas”. Si partimos de este concepto, de la necesidad de una autonomía secundaria en ese estado subjetivo y objetivo que pudiere calificarse de “normalidad”, tenemos que aceptar que la situación analítica clásica, al desorganizar las conexiones del paciente con su realidad externa, le permite una clase especial de regresión graduada al servicio del yo que llamamos neurosis de transferencia, y en ella se abate la autonomía relativa del yo. De aquí que el acting out, sea un fenómeno, ya como descarga indeseable, ya como aprendizaje, frecuente de dicha neurosis de transferencia. Si admitimos esta baja de la autonomía secundaria del yo durante algunas fases del proceso terapéutico, tenemos que aceptar que puede hacerse al paciente más difícil la percepción adecuada de la realidad social. La garantía interna de su tambaleante autonomía, parece radicar entonces en el insight proveniente de una adecuada interpretación, que incrementa sus funciones de discriminación, síntesis e integración, permitiéndole así el juicio crítico y la predicción facilitándose así la toma de

decisión (Rangell), aunque ésta sea la de una demora consciente de una acción potencial. La garantía externa fundamental para esta autonomía relativa del paciente, es la autonomía del analista durante la alianza terapéutica. Pero esta autonomía, garantizada formalmente por la incógnita, la frecuencia, el pago, etc., no es posible al tratarse de una presión específica sobre los valores morales, que aunque idealmente deben ser amplios y permeables a los cambios externos según las funciones superyoicas del analista, al llegar a las definiciones políticas pueden también entrar en conflicto. En otras palabras, creemos que si vemos una y otra vez con detalle las garantías de la autonomía secundaria, caemos siempre en la idea de que los estímulos de la realidad social, cuando no son un tanto predecibles e inundan el trabajo analítico, fuerzan a los dos integrantes de la pareja terapéutica a alterar de alguna manera su relación. El paciente puede ser más vulnerable a la dirección ético-política del analista, y este a su vez puede verse incitado a explorar situaciones que estaban en él latentes y crearle una verdadera "neurosis de contratransferencia política".

Esto que hemos descrito, referido al nivel de la autonomía secundaria del yo en el analista, no es otra cosa que la llamada neurosis de contratransferencia, pero quisimos recordar su explicación teórica en relación a las fuentes de garantía de dicha autonomía. Respecto al analista, que puede sufrir una "neurosis de contratransferencia política" para expresar con el calificativo el origen suprapersonal de los estímulos, recordamos que la estructura crítica que es el superyó, tiende a cierta estabilidad, porque también tiene cierta independencia o autonomía de las estructuras o funciones del yo más vinculadas a la realidad externa. (Lampl de Groot y Beres). Las necesidades adaptativas del analista, que incluye su afiliación grupal con sus colegas, le pueden hacer muy vulnerable a determinados conflictos sociales, por ejemplo, a aquellos que le amenazan su estabilidad económica. Así, la lucha de clases, con raíz en los sistemas de equilibrio económico de una comunidad, se reproduce desigualmente en el escenario bipersonal de la situación analítica, con las posibilidades de interpretarse mutuamente, paciente y analista, sus necesidades y posturas ideológicas como proyecciones neuróticas, o por el contrario, pueden aliarse haciendo del tratamiento y de su costo un status de "identificación de clase".

Uno de nosotros manifestó en nuestro pasado congreso, al que hicimos referencia al principio, que sería importante reflexionar sobre la posibilidad de que en México por lo menos, si no en muchos países de América Latina, el actual entrenamiento, por el tipo de estudio y por su elevado costo, estuviera desclazando al joven psicoanalista, en vez de alimentar los aspectos positivos orientados socialmente de su identidad más profunda, lo que provocaría que los jóvenes analistas se integraran a los grupos psicoanalíticos no como a grupos científicos de trabajo, sino como a grupos económicos con fantasías de presión política. Sería interesante que entre las investigaciones posibles de COPAL, estuviera la de las estructuras familiares y niveles socioeconómicos de sus integrantes, pero serían una investigación difícil y más aún en las condiciones actuales. Creemos que este posible desclasamiento del analista puede aumentar la probabilidad de una "neurosis" de contratransferencia política".



## CAMBIOS SOCIALES Y DESARROLLO DEL PSICOANALISIS.

El psicoanálisis nace con Freud en una Viena burguesa, estable y predecible, en una gran ciudad de un imperio poderoso. El descubrimiento del inconsciente dinámico concebido primariamente en los “traumas patogénicos” y después en el hallazgo de las fantasías de la sexualidad infantil, le acarrearán a Freud la repulsa moral de su ambiente. El “espléndido aislamiento” que siguió, le permitió ahondar y crear los cimientos más firmes del psicoanálisis, pero sin duda se reflejó también en su interés por el conflicto interno con cierta independencia de la realidad social. La primera guerra mundial, muy importante es enfatizarlo aquí, fue guerra de imperios que buscaban mayor área de influencia tributaria, directa o al través de los mercados para la pujante industria. Esta guerra no despertó en Freud un enfoque social del psicoanálisis de gran envergadura teórica, salvó su innegable y valiosa descripción de la escisión del superyó en tiempos de guerra como una necesidad adaptativa. Pero cuando la guerra entre imperios tomó el pavoroso tinte del nazifascismo, con el mito racista como bandera emergente de la identidad nacional alemana (Erikson, Wangh), entonces sufrió Freud en carne propia dicha realidad social perseguidora. Freud fue rescatado y se trasladó a Inglaterra donde murió con una integración yoica y entereza envidiables. En la postguerra, el psicoanálisis que ya había sido “importado” a muchos otros países más allá de la influencia de la lengua alemana, surgió arrollador como institución poderosa en los Estados Unidos de Norteamérica y también en Inglaterra como sede de la API. Consideremos por un momento los dos países, uno, Inglaterra, perdiendo lentamente su imperio y contrayéndose en su economía, el otro, los Estados Unidos de Norteamérica, pujante y en el centro de su nuevo imperio aún más vasto y poderoso que la Europa convaleciente. En Inglaterra surge la escuela de Klein, que a pesar de sus innegables contribuciones a la clínica, sobretodo con los conceptos de envidia y reparación, para algunos de nosotros, algunos aspectos de sus teorías nos parecen un escape de la realidad social, que quizás se alimentaron de la situación misma de Inglaterra que perdía cada vez más su carácter imperial. Pero en cambio, en los Estados Unidos de Norteamérica, el ideal teórico del proceso de adaptación, surge como una meta acorde con los de una sociedad capitalista, que cada vez da más confort y oportunidades a la “libre empresa” de la metrópoli en detrimento del desarrollo de las colonias. El dogma mismo inicial de su nacimiento como gran nación colonialista se refleja en su interés por el concepto de adaptación. Con toda esta disgresión histórica, que de extenderse seguramente encontraríamos muchos puntos conexos y no menos puntos discrepantes, como grupo de autores sólo queremos enfatizar la posibilidad de que el psicoanálisis mismo, tarea de hombres inmersos en una realidad social, no puede haberse quedado afuera asépticamente ni en su teoría ni en su práctica, de los conflictos sociales que lo acompañaron en su desarrollo. Es por esto que se nos reafirma la idea de que en nuestra América Latina, cambiante en su subdesarrollo o en vías de desarrollo, sujeta a las presiones de la metrópoli del norte, cada vez puede ser más frecuente, si no normal, un cierto montante de “neurosis de contratransferencia política”, que se refleje en nuestra teoría y en nuestra práctica.

La lucha de imperios y la lucha de clases que se da a lo largo y ancho de la Tierra, nos lleva a los psicoanalistas a plantearnos algunas preguntas respecto a nuestro trabajo a nuestras agrupaciones, pero antes permítanos presentar otros elementos dinámicos no considerados hasta ahora con más detalle. El sentimiento de pertenencia e identidad con un grupo, trae aparejada la revisión de nuestros valores mediante la función yoica de escrutinio, que incluye el análisis (en el sentido de búsqueda) no sólo de nuestros valores e identificaciones primarias, sino la de nuestros roles y las capacidades que poseemos para participar en las tareas grupales, las que, en última instancia, dan sentido externo y social a la identidad del yo. Algunos de nosotros creemos que para hacer decisiones, aunque sean maduras, se requiere cierto montante de proyección. Llámese que proyectamos objetos malos a los que fantaseamos atacar y justificar así los sentimientos de culpa, o que nuestro escrutinio, que también puede dirigirse al exterior, nos señale la intolerable de una situación ambiental, sea ésta un matrimonio, una ciudad o un país. La acción que nos radicaliza de un lado, que nos identifica con un grupo, puede contener un ingrediente importante de proyección. De hecho, en un ambiente estable, la proyección es fácilmente detectable como mecanismo neurótico o psicótico, pero no así en un ambiente violento y cada vez más transitorio. El tener lazos débiles para adaptarse a múltiples relaciones de objeto cambiantes, al estilo “úselo y tírelo”, parece ser una característica de la sociedad postindustrial (A. Toffler: Future Shock), que se va ir filtrando en el trabajo del analista. En nuestras discusiones y escritos para integrar este trabajo, algunos de nosotros comunicaron ejemplos de quiebras delirantes por la fantasía de secuestros políticos de sujetos que ya estaban en análisis y que pudieron ser tratados por la técnica clásica pero con aumento del número y el tiempo de las sesiones hasta siete veces por semana y de dos y tres horas de duración. Salvo estos nuevos parámetros, el tratamiento siguió los lineamientos clásicos con el mantenimiento del encuadre previo. Se consideró que fueron irrupciones de núcleos psicóticos latentes, que de no haber existido la potencialidad, aunque mínima, del secuestro político, quizás no hubieran aparecido. La recuperación de estos pacientes demuestra que la técnica actual puede mantenerse, pero los mismos analistas que presentaron esos casos, dudaban que de ser estos numerosos y el clima político de su localidad volverse más peligroso, les sería muy difícil equilibrar la situación. Esto nos lleva a asentar la opinión de que si es verdad que el mecanismo paranoide son detectables y trabajables en análisis, sin embargo, podría ser útil una reevaluación del concepto de proyección que incluya el análisis de la realidad social.

Para adelantar alguna idea acerca de ésta reevaluación de los procesos proyectivos, propondríamos la idea, ya expresada por algunos de nosotros (Remus Araico), de que las instituciones primarias y secundarias de la cultura, en la estructura social vigente, por las interrelaciones tan aceleradas y violentas, casi traumáticas, estarían condicionando “modalidades proyectivas” de conducta, que tendrían no sólo funciones defensivas como comúnmente las manejamos, sino funciones adaptativas, pero de un grado tal, que la escisión de las estructuras puede considerarse casi “habitual”. En esto consideramos no sólo al yo, sino

también al superyó, que tendería a disociarse “modalmente” en el superyó restrictivo y en el ideal del yo que alimenta la formación de las ideologías. En otras palabras, las instituciones sociales estarían incrementando la universalidad de una modalidad proyectiva hasta una “sobreadaptación paranoide”, con la creación no sólo de pseudo-subespecies (Erikson), sino de “verdaderas subespecies mentales” entre los humanos.

Para conocer más esta “habitualidad” paranoide, pensamos que sería útil el estudio de casos en los que fuera difícil la distinción entre los aspectos “más defensivos” y los aspectos “más adaptativos” de los sistemas de proyección, tal como hoy los entendemos. Quizás el seguimiento de estos casos en segundos tratamientos, nos permitiría conocer algunos ingredientes no bien comprendidos de la proyección, tal vez, los antecedentes puramente biológicos de estas defensas y el estudio de sus umbrales. Creemos que el concepto de identificación proyectiva, puede ser otro punto de partida para el estudio de estos fenómenos, pero tiene que tomarse en cuenta que desde su misma base teórica, dentro de este concepto se considera de primordial importancia jerárquica la “realidad interna” sobre la “realidad externa”. Creemos que los conceptos de epigénesis del yo y de mutualidad individuo-sociedad (Erikson), podrían quizás ser la base más fructífera para esta reevaluación de una posible sobreadaptación paranoide en esta cultura y en este momento.

### ALGUNAS PERSPECTIVAS.

Pareciera hasta aquí, que nuestro trabajo se quedaría en un cierto nivel pesimista respecto a la innegable perturbación del trabajo analítico por una realidad social político económica, cuando ésta irrumpe en la estabilidad predecible por el ego, tanto del analista como del paciente, pero el concepto de rol múltiple, quizás nos ayuda a sintetizar ésta contradicción. Los analistas, como todo humano, operamos con varios roles en nuestra vida cotidiana, roles de diversa jerarquía interna según las catexis objetales e intersistémicas más alejadas de los conflictos defensivos. Todos esos roles tienen dos componentes nutricios. Uno, interno que son las identificaciones más estables en el yo en concordancia con los valores morales, que incluyen los motivos altruistas sociales que trascienden nuestras necesidades individuales más personales. El otro componente es externo, proviene de la realidad social que reclama de nosotros decisiones y acciones por la ubicación de dicho rol en la estructura social misma, es decir para mantener su estabilidad y organización, la sociedad crea roles que los individuos tenemos que llenar. Dependerá del tipo y cantidad de catexis objetales que alimentan internamente nuestro rol de analistas-terapeutas, el que podamos evitar una transformación ideológica “psicoanalítica” de nuestras vidas en casi todas sus esferas. Entonces seremos más capaces de tratar aquellos pacientes inmersos en una tormenta social aún con nuestra técnica clásica y no caer en una “neurosis de contratransferencia política”. Cuando se trata de pacientes que ya en sus análisis, con su neurosis de transferencia ya instalada, y

operando eficientemente una genuina alianza terapéutica, quizás la alteración de algunos parámetros permita la ayuda terapéutica, sin que eso quiera decir que se “reduzca” una acción que puede ser trascendente para el paciente o para el grupo al que pertenezca. Analizar significa una dimensión poco común de la libertad. Habrá otros casos, que desde un principio optemos por un tratamiento psicoterápico para que puedan hacer decisiones importantes a corto plazo. Pero debemos tener siempre en cuenta la tensión potencial que estos pacientes despiertan, por lo menos esa es la opinión de los que en nuestro grupo de autores manifestaron casos clínicos por ellos trabajados. Tenemos que enfatizar el uso puramente descriptivo de la “neurosis de contratransferencia política”. No tenemos en México la experiencia extrema de revoluciones, guerrillas urbanas, ni de gobiernos abiertamente represivos a niveles masivos, y que seguramente si tendrán los colegas de otros países, a quienes estamos deseosos de escuchar en este Congreso.

Queremos recalcar el siguiente aspecto limitante del rol terapéutico. El rol de analista, que trata pacientes con una técnica específica, basada en una teoría especial, es incapaz de manejar los momentos álgidos y cruciales, salvo que sean pasajeros, de una crisis existencial. Esto quiere decir, que el conflicto neurótico cede el paso inevitablemente al conflicto existencial. Los cambios sociales violentos, con muerte, revolución, hambre o guerra, son situaciones que desencadenan crisis existenciales a los individuos inmersos en esos conflictos. El psicoanálisis puede explicárselos, puede quizás predecirlos, puede organizar los datos experienciales grupales para intentar alguna hipótesis con trascendencia higiénica, pero no creemos que el rol de terapeuta pueda, como tal, como terapeuta, modificar el curso de una crisis existencial proveniente de emergencias de grandes masas. Por su tendencia natural a la supervivencia, las crisis existenciales pueden arrollar las dimensiones del conflicto neurótico, y aunque el análisis puede explicar las conductas durante las crisis existenciales, pues creemos que tiene ya la categoría de una psicología general, no creemos que pueda actuar mayormente en los individuos que las sufren. Su actuación es más por las calidades humanas razonables que posea el analista, que por su teoría. Pensar lo contrario nos suena a idealización. Los grupos analíticos desde Freud, contienen en su esencia principios “revolucionarios” con ideales de justicia social, libertad, etc., pero pareciera que en su praxis en muchísimas ocasiones los analistas estamos más en la estabilidad de una clase de servicio. Por se germen ideológico de ideales de libertad, dado que repetimos, el análisis es una dimensión especial de la libertad, los grupos analíticos se han visto perseguidos y presionados a cambiar su trabajo o su país. Deberíamos preguntarnos si estamos haciendo algo favorable por nuestra ciencia, para que no se quede “más acá del progreso”.

También en nuestros institutos podemos hacer algo. Quizás de este Congreso y de su Pre-Congreso Didáctico, salgan ideas y lineamientos que nos permitan ayudarles a nuestros jóvenes candidatos a situarse en la vanguardia de una élite intelectual que sirva de puente al progreso y cambio sociales, sin que esto signifique la transformación de nuestros institutos en centro de politización.

Podemos también los analistas buscar diversos roles orientados a la sociedad en general, y participar en grupos interdisciplinarios que estudien y asesoren acerca de los cambios sociales. El analista en general, por la índole misma de su trabajo, carece de informaciones y conocimientos para explicarse los fenómenos sociales. Por su inpreparación puede tender a usar el marco teórico que domina como un instrumento universal. Quizás no tengamos ya tiempo los mayores de hacer una carrera sociológica, ni la necesitamos como tal para nuestro rol terapéutico, pero si queremos que el psicoanálisis persista en la encrucijada de las ciencias del hombre, tenemos que encarar de alguna manera, o de muchas, la realidad social de cada comunidad y cada país. A veces, sin preparación, el analista es arrollado por la necesaria ola de politización que lo saca de su torre. A esta ola emergente es deseable, eso pensamos ahora, que oponga la demora yoica que permita la información tanto de hechos como de sistemas para entenderla, pues la decisión será más autónoma en cuanto haya más información. La experiencia clínica concreta en ambientes de marginación económica, así como diversas investigaciones de campo, creemos que facilita que el analista aprenda acerca de su realidad social. Esto no quiere decir convertirse en sociólogo o en político, sino simplemente salirse de su torre antes de que lo saquen las circunstancias y lo orillen a una crisis existencial que supere su conflicto neurótico.

Quizás necesitemos de modelos teóricos más simples pero más operantes y que incluyan nuestros paradigmas aún vigentes. Quizás necesitemos de muchos estudios clínicos de casos especiales, del tipo de los que se comentan con detalle aquí en el Congreso, para modificar nuestra técnica. Quizás entonces podamos ser actores de nuestro modesto trozo de historia y no meros espectadores de la misma, con una "angustia libremente flotante".

- - - - -

Dr. José Remus Araico  
Paseo del Río # 111, casa 20  
Fortín Chimalistac  
Coyoacán, 04319  
México, D. F.  
Tels. y Fax 56-61-07-67 y 56-61-36-50